

Un episodio olvidado (1981)

GUSTAVO PAZ | gpaz@untref.edu.ar

Facultad de Filosofía y Letras – Universidad de Buenos Aires

Transitábamos 1981 cuando el nuevo Decano de la Facultad, Horacio Difrieri, lanzó una convocatoria al cuerpo de estudiantes a presentar sugerencias, críticas y propuestas sobre las diferentes carreras. Recibimos la convocatoria del Decano con la natural desconfianza de quienes nunca habían hablado con, ni casi visto a, la máxima autoridad de la Facultad.

Quisiera presentar el contexto de la convocatoria. La Facultad de Filosofía y Letras en esa época pre-Puan funcionaba en el edificio que había pertenecido a la *Maternidad Pardo* en Marcelo de Alvear 2230, con pasillos de paredes azulejadas color amarillo que le daban un inconfundible aspecto de hospital, pero que estaba lejos de ser un ambiente hospitalario. Ese ámbito hostil no conducía a la sociabilidad estudiantil que transitaba casi por completo por afuera de la Facultad. Las discusiones políticas se entablaban entre susurros o en ámbitos alejados de la universidad. Ese mismo año un nuevo presidente de la dictadura, el general Viola, inauguró una mínima “apertura” con la designación de ministros civiles y conversaciones con los partidos políticos.

La convocatoria del Decano llegó por canales informales. No recuerdo que el Departamento de Historia (conducido en ese momento por el profesor Antonio Pérez Amuchástegui), haya tenido intervención alguna en ella. Sin canales de representación institucional ni posibilidades de organizarnos dentro de la Facultad, los estudiantes nos reunimos en ámbitos privados. La primera reunión de estudiantes de Historia fue en casa de Lucas Luchilo, quien a mediados de 1983 sería elegido primer presidente del reorganizado Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras.

Cuántos y quienes éramos no llego a recordar. Era un grupo plural, con inclinaciones políticas diversas y amplias diferencias que se ventilaron en esos debates, pero que compartía un punto de vista crítico sobre el estado y la organización de la carrera. Nos reunimos un par de veces, discutimos y acordamos algunos temas para presentarle al Decano en torno de una necesaria reforma del Plan de Estudios de Historia. La agenda más urgente consistía en una imprescindible puesta al día de las anquilosadas corrientes historiográficas estudiadas en muchas materias, cambios en los arbitrarios métodos de evaluación y la situación lamentable de algunas cátedras en las que los equipos docentes no estaban a la altura de sus tareas. Todo quedó plasmado en un documento que llevamos a la reunión con el Decano, que transcurrió en su oficina, o quizás en la Sala de reuniones del Consejo, que en aquel entonces no sesionaba.

Difrieri nos recibió una tarde y se comprometió a reunirse de nuevo con nosotros, o con representantes del grupo, para canalizar nuestras propuestas. Finalmente, eso no ocurrió: poco tiempo después el Decano falleció súbitamente y su sucesor no retomó los encuentros. En paralelo, la limitada “apertura” política nacional llegó a su fin con el desplazamiento de Viola de la presidencia. Sin embargo, al año siguiente la historia se aceleró: la derrota de Malvinas dio lugar al comienzo del fin de la dictadura, momento en que se abrieron amplios canales de participación estudiantil. En el nuevo contexto, el episodio recordado aquí pasó como un intento de hacer un poco más vivible la carrera de Historia en esa época de hierro.



Fotografía tomada en la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, cuando estaba en la sede Marcelo de Alvear 2230.